

GIRGENTI LA MAGNÍFICA.

Eran las siete de la tarde cuando nos hicimos á la vela : por una gran felicidad, el viento, que durante dos dias habia soplado del Este, acababa de cambiar a Sur. Sin embargo esta felicidad no dejaba de tener alguna variacion ; aquel viento, enteramente africano, estaba cargado de corrientes cálidas del desierto libio ; era el primo hermano del famoso jaloque, del que habíamos tenido algo en Mesina, y como este producía en toda la organizacion física un extremo decaimiento.

Hicimos llevar nuestras camas sobre el puente. La tienda tenia una temperatura sofocante. Pasaba como un polvo de cenizas rojas entre el cielo y nosotros, y la mar estaba tan fosforescente que parecia levantar olas de llamas ; á un cuarto de legua, por el lado de popa, el surco que dejaba el buque parecia un rastro de lava.

Cuando esto sucedia, desaparecia toda la tripulacion, y el buque abandonado á Nunzio, cuyo cuerpo de hierro resistia todo, parecia bogar solo. Sin embargo, debo decir que al menor grito del piloto, cinco ó seis cabe-

zas asomaban por las escotillas, y que en caso de necesidad los brazos mas languidecidos volvian á encontrar todo su vigor.

Aunque éramos menos sensibles que los sicilianos á la influencia de este viento, no dejábamos de experimentar cierto malestar cuyo resultado era quitarnos todo apetito ; pasóse, pues, toda la noche en dormir con un sueño intranquilo, y el dia en beber limonada.

A los dos dias de nuestra partida de Pantelleria, y estando á unas ocho ó diez leguas todavía de las costas de Sicilia, amainó el viento y fué preciso caminar al remo ; pero como todos tenían en los brazos un resto de jaloque, apenas hicimos tres leguas en la madrugada. A eso de las cinco una escasa brisa S. O. se levantó : el piloto la aprovechó para hacer izar nuestras velas, y el buque, que tenia mucha voluntad, comenzó á marchar de manera que nos hizo concebir la esperanza de entrar aquella misma noche en el pueblo de Girgenti.

En efecto, á eso de las nueve de la noche echamos el ancla en una pequeña rada, en el fondo de la que se percibian las luces de algunas casas ; pero apenas se acababa de terminar la operacion, cuando se nos llamó con la bocina desde la fortaleza, que se llama la Sanidad, y so nos dió la orden de ir á ocupar otra estacion. Esta, como todas las órdenes de la policia napolitana, no admitia ni réplica ni dilacion ; fué preciso, por tanto, obedecer en el mismo instante ; se intentó levar el ancla, pero en la precipitacion con que se procedia á aquella

maniobra, á lo que parece no se habian tomado las debidas precauciones, y el cable se rompió. Echóse en el mismo instante una boya para reconocer el sitio, y como sin inquietarse por las causas de nuestra tardanza el jefe de la Sanidad continuaba mandando por la bocina, fuimos á fuerza de remo á ocupar el lugar que nos estaba designado.

Este suceso nos tuvo de pié hasta la media noche : estábamos cansados por la travesía que acabábamos de hacer, y nos dormimos con un sueño seguido hasta las nueve de la mañana ; el día estaba hermoso, y el puerto perfectamente tranquilo, tanto que Cama, levantado ya, se disponia á pasar á tierra, lo primero para acabar de reponerse, como Anteo, con el contacto de su madre, y además para comprar pescado á los pequeños buques que veíamos volver de la pesca. Habiendo inspeccionado dos ó tres casas que con el auxilio de una nuestra se calificaban de posadas, reconocimos que la precaucion de nuestro buen cocinero no era intempestiva, y que era prudente almorzar á bordo antes de arriesgarnos en lo interior de las tierras. En consecuencia Cama, á quien autorizamos para hacer lo que quisiera respecto á nuestro alimento, se atrevió á ponerse sobre la tabla que conducia como un puente de nuestro Speronare al buque próximo, y llegado á este, ganó de uno en otro la costa. Un instante despues le vimos reaparecer llevando sobre su cabeza una cesta llena de pescado.

Fuí á anunciar esta nueva á Jadin, que en semejante circunstancia llevaba siempre un diezmo sobre nuestra provision. Esta vez, sobre todo, habia visto de lejos

ciertos salmonetes gigantescos, que convenientemente colocados sobre una raya y al lado de una dorada, debian hacer muy bien como juego de colores. Por mas deseo que tuviese de emprezarse todavía media hora Jadin, con el temor de que sus pescados se le escapasen, se apresuró, pues, á ponerse el pantalon. Mientras que ejecutaba esta operacion, le enseñé á lo lejos á Cama, que avanzando con su cesta, ponía ya el pié sobre la tabla, cuando de repente oimos un gran grito, y pescado, cesta y cocinero desaparecieron como por escotillon. El pié, todavía mal asegurado, del pobre Cama le habia faltado y habia caido en el mar ; al punto y con un movimiento mas rápido que el pensamiento, se lanzó Pietro con él.

Acudimos corriendo al sitio en que el accidente acababa de suceder, cuando con gran admiracion nuestra, vimos á Pietro que en lugar de ocuparse de Cama, volvia á pescar con gran cuidado los pescados, y los ponía unos junto á otros en la cesta que flotaba sobre el agua : ni por un instante se le habia ocurrido que Cama no sabia nadar ; por tanto, no dudando que saldria solo de aquel apuro, no se ocupó mas que de la fritada, cuya pérdida, por otra parte, acaso le parecia mucho mas sensible que la del cocinero.

En aquel momento vimos salir á algunos pasos del buque al pobre Cama, no como un hombre que bracea ó se quita su marinera, sino como un ahogado que sacude el agua con sus dos manos, y que la arroja ya por la nariz y por la boca. El tiempo era precioso : no habia hecho mas que aparecer y en seguida desapareció.

Arrojamos nuestros vestidos para lanzarnos cerca de él, pero antes que hubiésemos concluido nuestra obra, Filippo saltó por encima de bordo con su camisa y su pantalon, hundiéndose de cabeza en el mismo sitio en que Cama acababa de hundirse, y cuatro ó cinco segundos despues reapareció sosteniendo á su hombre por las faldas de su blanca blusa. Quisimos arrojar una cuerda, pero hizo desdeñosamente señal de que no tenia necesidad de ella, é impeliendo á Cama hácia la escala, llegó á ponerle uno de los travesaños entre las manos; Cama se aseguró en él como verdadero ahogado, y de un solo salto, por un esfuerzo inaudito, se encontró sobre el puente. Todo esto se habia hecho tan rápidamente, que no habia tenido tiempo de perder el conocimiento, pero habia tragado dos ó tres azumbres de agua, los que se ocupó al punto de volver al mar. Como hacia por lo demás un calor sofocante, el baño no tuvo otra consecuencia que la pequeña evacuacion que hemos mencionado, y aun esta, segun toda la tripulacion, no podia menos de ser muy provechosa á la salud de Cama.

El capitan habia llenado las formalidades exigidas, nuestros pasaportes estaban despachados por la policia, y nada se oponia, pues, á que hiciésemos la excursion proyectada; en su consecuencia nos aventuramos temblando por el puente que hubiera podido ser fatal á Cama, y mas dichosos que él, ganamos la orilla sin accidente.

Apenas habíamos puesto pié á tierra, cuando un hombre que nos observaba hacia mas de una hora, avanzó hácia nosotros y se ofreció á ser nuestro cicerone. Otros

tres ó cuatro individuos, que se habian aproximado, sin duda con la misma intencion, no intentaron sostener la competencia, viéndole sacar de su bolsillo una medalla que nos presentó. Esta medalla tenia por un lado las armas de Girgenti, que son tres gigantes cargados cada uno con una torre con este lema: *Signat Agrigentum mirabilis aula gigantum*, y por el otro el nombre de Antonio Ciotta. En efecto, el signor Antonio Ciotta era el cicerone oficial del sitio, y comenzó inmediatamente á entrar en sus funciones marchando delante de nosotros é invitándonos á seguirle.

Girgenti está situada á cinco millas próximamente de la costa: se llega á ella por una subida bastante rápida que eleva al viajero á mil pasos sobre el mar. Todo lo largo del camino encontramos mulas cargadas de azufre, producto que algunos años despues debia suscitar entre la Inglaterra y Nápoles aquel famoso proceso en el que el rey de Francia fué nombrado árbitro. El camino se resentia del comercio de que era arteria. Como los sacos que contenian la mercancia no estaban tan bien cerrados que no se escapase de vez en cuando alguna partícula de su contenido, el camino estaba cubierto á lo largo de una capa de azufre que en algunos sitios tenia hasta tres ó cuatro pulgadas de espesor. En cuanto á los mozos de mulas que acompañaban los sacos, estaban completamente amarillos desde los piés á la cabeza, lo que les daba un aspecto de los mas extraños que se pueden ver.

Aun no habíamos entrado en la ciudad, y ya sabíamos qué pensar del epíteto que, en su enfático orgullo, los

sicilianos han añadido á su nombre. En efecto, Girgenti la Magnífica no es mas que un sucio monton de casas edificadas con piedras rojizas, con calles estrechas, por las que es imposible ir en carruaje, y que comunican las unas con las otras por unas especies de escaleras, por las que, so pena de un grave disgusto, es absolutamente necesario ir siempre por el medio. Como era evidente que el resto del dia no nos bastaria para visitar las ruinas, fuimos en busca de una posada donde pasar la noche. Desgraciadamente, una posada no era cosa tan fácil de descubrir en Girgenti la Magnífica. Nuestro amigo Ciotta nos condujo á dos casuchas que se daban insolentemente aquel nombre, mas despues de una larga conversacion en una parte con el huésped y en otra con la huéspeda, descubrimos que en rigor encontraríamos algo con que alimentarnos, pero nada donde dormir. En fin, una tercera hostería llenó las dos condiciones reclamadas por nosotros, con gran admiracion de los agrigentinos, que no comprendian semejante exigencia. Nos apresuramos por tanto á alquilar el cuarto y los dos miserables lechos que le amueblaban, y despues de haber pedido nuestra comida para las seis de la tarde, sacudimos las pulgas de que nuestros pantalones estaban llenos, y nos pusimos en camino para visitar las ruinas de la ciudad de Cocalus.

Digo Cocalus, apoyado en Diodoro de Sicilia: entendámonos bien, porque con los sabios ultramontanos es preciso poner los puntos sobre las ii. Un error de fecha, una errata de imprenta, tienen tan graves inconvenientes en la patria de Virgilio y de Teócrito, que es preciso

hacerlo con mucho cuidado. Un pobre viajero inofensivo pone sin pensarlo una *a* por una *o*, ó un 5 por un 6; de repente desaparece, nadie oye hablar ya de él; la familia se inquieta, el gobierno pide informes, y se encuentra enterrado bajo una masa de infólios, como Tarpeya bajo los escudos de los Sabinos. Si se le saca de allí vivo, se salva á uña de caballo, y no se le vuelve á coger ya; mas por lo comun es muerto, á menos que como Encelado, no tenga la fuerza para mover el Etna. Digo, pues, Cocalus, como diria otra cosa, sin la menor pretension de constituir autoridad.

Cocalus reinaba en Agrigento cuando Dédalo fué á refugiarse allí con todos los tesoros que llevaba de Creta. Aquellos tesoros eran tan considerables, que el célebre arquitecto pidió á su huésped el permiso de edificar un palacio para encerrarlos en él. Cocalus, que tenia tierra de sobra, le dijo que escogiera el sitio que mejor le conviniera, é hiciese en aquel sitio lo que le pareciese. El autor del laberinto eligió una roca escarpada, accesible solo por un punto, y fortificada además de tal modo, que cuatro hombres bastaban para defenderla contra un ejército.

Esto pasaba algunos años antes de la guerra de Troya. Pero semejante á esos arroyos que se sumergen bajo tierra al salir de su manantial para reaparecer convertidos en rios algunas leguas mas lejos, la ciudad naciente desapareció durante dos ó tres siglos en la oscuridad de los tiempos para brillar en los versos de Pindaro bajo el nombre de reina de las ciudades. Entonces, si se ha de creer á Diógenes de Laercio, su poblacion era de

ochocientas mil almas, y si se traslada uno á Empédocles, esta poblacion, entre otros defectos, llevaba los de la gula y el orgullo tan lejos, que comia, dice, como si debiera morir al dia siguiente, y edificaba como si debiera vivir siempre. Así como Empédocles era un filósofo, es decir, un personaje probablemente muy insociable, abandonó esta ciudad de cocineros y albañiles para ir á instalarse en el monte Etna, donde se arraigó en una pequeña torre que se edificó él mismo. Se sabe que el dia que menos se pensaba, disgustado sin duda de aquella nueva residencia como lo habia estado de la antigua, desapareció de repente y no se encontró de él sino su sandalia.

Cien años antes, como se sabe, Fálaris, encargado por sus conciudadanos de la construccion del templo de Júpiter Polion, habia aprovechado sumas enormes puestas á su disposicion para reunir un pequeño ejército y sorprender á los agrigentinos. Este proyecto liberticida, ejecutado con éxito durante la celebracion de las fiestas de Ceres, entregó á los agrigentinos á la desesperacion. Así que hicieron algunas tentativas para librarse de su tirano. Pero este, que era hombre de imaginacion, encargó á un artista de la época un toro de cobre dos veces de grande como el natural, y cuya parte posterior debia abrirse con una llave. Al cabo de tres meses el toro se concluyó; al cabo de cuatro estalló una revuelta. Fálaris hizo prender á los jefes, ordenó reuniesen una gran cantidad de leña seca entre las piernas del toro, hizo prenderla fuego, y cuando estuvo rojo, se abrió el monstruo, y se metió en aquel hornillo á los rebeldes.

Como habia tenido cuidado de mandar que se tuviese abierta la boca del toro, el pueblo, que asistia á la ejecucion, pudo oír por aquella abertura los gritos que exhalaban las victimas, que parecian los mugidos del toro mismo. Este género de ejecuciones renovado cinco ó seis veces en el espacio de diez y ocho meses, tuvo un resultado de las mas satisfactorios. Muy pronto las revueltas llegaron á ser cada vez mas raras; en fin, cesaron al cabo, y Fálaris reinó, gracias á su ingeniosa invencion, tranquilo y respetado durante treinta y un años. Despues de su muerte, algunos criticos, celosos de su gloria, dicen que su toro de cobre no era mas que una modificacion del caballo de madera; pero no es menos cierto que á pesar de esa acusacion, que en el fondo no carece acaso de alguna exactitud, la gloria del invento concluyó por pertenecerle del todo.

La época que siguió al reinado de Fálaris fué la era brillante de los agrigentinos. Era en la que entre ellos se estableció una lucha de lujo y magnificencia. Un simple particular llamado Exenatus, vencedor en los juegos, volvió á entrar en la ciudad seguido de trescientos carros, tirados cada uno por dos caballos blancos criados en sus dehesas. Otro, llamado Gellias, tenia criados estacionados en las puertas todas de la ciudad, cuyo encargo era el de conducir á su palacio todos los viajeros que pasasen por Agrigento, donde les aguardaba una espléndida hospitalidad. Quinientos caballeros de Gela, habiendo atravesado por Agrigento en el mes de enero, y habiendo sido llevados ante Gellias por sus criados, fueron alojados y alimentados por él durante

tres días, y recibieron en el momento de su partida cada uno una capa. Gellias era además, si se ha de creer la tradicion, hombre de mucha imaginacion, lo cual, como se concibe bien, no empeoraba la hospitalidad que se recibia en su casa. Así los agrigentinos, habiendo tenido algunos intereses que arreglar con la pequeña ciudad de Centuripa, le encargaron fuese allá y terminara el negocio : Gellias partió al punto y se presentó á la asamblea de los centuripas. Pero como, á lo que parece, tenia una estatura de cuatro piés y medio escasos, y además era bastante contrahecho, acogieron su aparicion ruidosas carcajadas, y uno de los circunstantes, mas imprudente que los demás, se encargó él mismo de preguntar, á nombre de la asamblea, si se le parecian todos sus conciudadanos.

— No, señores, respondió Gellias. Hay aun en Agrigento muchísimos hombres de hermosa figura ; pero se los reserva para las grandas repúblicas y para las ciudades ilustradas ; á las pequeñas ciudades y á las repúblicas de poca consideracion , se envian hombres de mi estatura.

Esta respuesta confundió de tal modo á los burlones, que Gellias obtuvo de la asamblea todo lo que deseaba, y tuvo la gloria de arreglar los intereses de Agrigento, con gran ventaja para la cosa pública.

Sin embargo, Cartago, que del otro lado del mar veia á Agrigento aumentar en riqueza y poblacion, comprendió que debia tenerla por amiga fiel ó enemiga declarada en la larga lucha que habia emprendido contra Roma. No solo los agrigentinos rehusaron la alianza de los Cartagineses, sino que se declararon sus enemigos.

Al punto Anibal y Amílcar atravesaron el mar, y fueron á poner sitio á la ciudad. Los agrigentinos juzgaron entonces que seria conveniente reformar alguna cosa de aquel lujo que habia llegado á ser proverbial en todo el universo, y decidieron que los soldados de guarnicion en la ciudadela no podrian tener mas que un colchon, una manta y dos almohadas. A pesar de esta orden lacédemónica, Agrigento se vió obligada á rendirse despues de ocho años de sitio.

Todas sus riquezas llegaron á ser presa del vencedor : cuadros, estatuas, vasos preciosos, todo fué enviado á Cartago. No hubo nada, hasta el famoso toro de cobre de Fálaris, que no atravesase el mar para ir á embellecer la ciudad de Dido. Es verdad que doscientos sesenta años mas tarde, cuando Scipion á su vez tomó y saqueó á Cartago, como Anibal habia tomado y saqueado Agrigento, el toro volvió á pasar el mar y fué vendido á los agrigentinos, que le tenian una aficion que dificilmente puede concebirse, si se examinan las relaciones poco agradables que Fálaris les habia obligado á tener con él.

A pesar de aquella restitution y de la proteccion con que la cubria Roma, Agrigento no se volvió á levantar mas de su caida, y su decadencia fué en aumento, perdiendo hasta su nombre. Hoy Agrigento, pobre hija mendiga de raza real, no cubre casi la vigésima parte del suelo que cubria su gigantesca progenitora, y cuenta trece mil almas vegetando á duras penas allí donde florecia un millon de habitantes ; lo que no impide, como he dicho, que entre Mesina la Noble y Palermo la Feliz se intitule pomposamente Agrigenti la Magnífica.

La primera cosa que nos chocó al salir de la ciudad fué la puerta misma bajo que pasábamos, y que evidentemente es una construcción sarracena. Quise comenzar delante de aquel monumento de la conquista árabe, á hacer la prueba de la ciencia acreditada de nuestro guía, y le pregunté si sabia á qué siglo remontaba aquella puerta. Pero el buen Ciotta se contentó con responderme que era muy antigua, y que como hacia mal efecto la iban á echar abajo por orden del señor intendente y reemplazarla con otra del órden dórico griego. Me informé entonces del nombre del digno intendente, y supe que se llamaba Vaccari. ¡ Dios le dé la paz !

Dejamos á nuestra izquierda la roca ateniense, la mas elevada de las montañas que dominaban á la antigua Agrigento, y en cuya cima habian edificado los templos de Júpiter Atabyrius y de Minerva. Por un momento tuvimos intencion de subir allí, pero habiéndonos nuestro guía hecho saber que no habia otra cosa que ver allí mas que un panorama bastante bello, dejamos la ascension para otro viaje, y nos encaminamos hácia el templo de Proserpina, á la que los agrigentinos habian tenido una gran devocion. Este templo es casi tan invisible como el de Júpiter Atabyrius ; pero sobre sus cimientos se ha elevado una iglesia pequeña. A cien pasos de ella corre un *funicello* que despues de ser llamado el Acragas y el Dragon, se llama hoy modestamente el riachuelo San Blas : es el mismo, por lo demás, que separaba en la antigüedad á Agrigento la vieja, de Neápolis ó la ciudad nueva.

Siguimos la cinta de muros todavía bastante visibles,

y muy pronto nos encontramos en el ángulo de la muralla donde estaba edificado el templo de Juno Lucina que se eleva sostenido por treinta y cuatro columnas de órden dórico, por encima de un precipicio tallado á pico. Una tradicion, acreditada por Jazello, quiere que sea en este templo donde se habia retirado, cuando la toma de Agrigento, Gellias con su familia y sus tesoros. Segun la misma tradicion, el tinte rojizo que colora las piedras es originado del fuego, prendido por Gellias mismo y que le quemó con todos los suyos. Es verdad que Diodoro, que refiere el mismo hecho, dice que pasó en el mismo templo de Júpiter Atabyrius.

En este templo era donde estaba colgado el famoso cuadro de Xeusis mencionado por Plinio, cantado por Ariosto, y para el que el artista habia hecho pasar delante de sí cien mujeres desnudas á fin de elegir entre ellas las cinco mas perfectas para que le sirvieran de modelo. Resultó de aquí, que la figura de la diosa era la quinta esencia de todas las diferentes perfecciones reunidas en una sola. Por lo demás, como Xeusis se habia aficionado á aquella manera de trabajar renovó el experimento para su Elena de Crotona y su Venus de Siracusa.

A pesar del sol verdaderamente africano que se desprendia á plomo sobre nuestras cabezas, Jadin se sentó para hacerme un diseño del templo, mientras que yo me puse á buscar granadas. No tardé en hallar un matorral en medio del que habia dos ó tres granados magnificos ; pero en el momento en que introducía allí la mano, me pareció oír un silbido y ver abalanzarse una cabeza

iluminada con dos ojos ardientes. En efecto, era una culebra que se habia arrollado al rededor del tronco principal y que, el nuevo dragon de las Hespérides, se disponia á defender los frutos que yo ambicionaba. Un bastonazo dado sobre el matorral la hizo abandonar su puesto para refugiarse en las espesas yerbas que crecian á algunos pasos de allí, pero antes que hubiese llegado á ellas, Milord que me habia seguido, habia saltado por encima y la habia partido los riñones de una dentellada. Como á pesar de estar herida de muerte se enderezaba todavia para morder á Milord, la rompi la cabeza de un tiro. La medimos entonces Ciotta y yo : tenia poco mas de cinco piés de larga. El digno cicerone me aseguró, sin duda para lisonjearme, que era una de las mas grandes que hubiese visto jamás. Volví á mis granadas, que llevé en triunfo á Jadin, mientras que Ciotta me seguia arrastrando el monstruo por la cola.

Del templo de Juno Lucina pasamos al de la Concordia, el mas bello y el menos deteriorado de los dos. Una piedra hallada entre las ruinas que se conserva en la casa capitular de Girgenti le ha hecho dar ese nombre. Hé aquí la inscripcion que tenia y que he copiado dejando á las palabras su misma disposicion

Concordiæ Agrigenti-
norum Sacrum
Respublica Ilybitano-
rum dedicantibus
D. Haterio Candido Procos
Et L. Cordelio Marcelo Q.
PRe. PR.

Comenzamos por visitar el interior de este monu-

mento verdaderamente magnífico, y al que se entra por una puerta abierta en el centro del *Pronaos*. La *Cella*, ancha de treinta piés y larga de noventa, está perfectamente conservada : dos escaleras hay en el interior del recinto y por una de ellas todavia se puede subir fácilmente hasta las azoteas.

En 1620 el templo de la Concordia fué convertido en iglesia cristiana y dedicada á san Gregorio de la Rupe, obispo de Girgenti. Entonces se arregló el templo conforme á su nuevo destino, y se abrieron seis puertas arqueadas que daban al peristilo ; pero al fin del último siglo se miró este matrimonio de la mitología y del cristianismo como una doble profanacion artistica y religiosa : toda huella de la iglesia moderna desapareció, y si el dios antiguo hubiera vuelto hallaria su templo poco mas ó menos, tal como salió de las manos de su desconocido arquitecto.

Quando bajé de las azoteas, hallé á Jadin dedicado á su obra. Me aproveché de aquella parada para dejarme deslizar hasta la parte baja de las murallas é ir á visitar las tumbas, excavadas en ellas : eran las de los guerreros, á quienes los agrigentinos tenian costumbre de enterrar así, para que aun despues de muertos, guardasen todavia la ciudad. Durante el sitio los Cartagineses las abrieron y arrojaron al viento las cenizas que encerraban ; pero algun tiempo despues, habiéndose declarado la peste y muerto Anibal su jefe, Amilcar atribuyó la aparicion del azote á aquella profanacion, y para calmar á los dioses, sacrificó un niño á Saturno y muchos sacerdotes á Neptuno. Los dioses se dieron por satisfechos

con aquella reparacion y la peste se fué de allí el mejor dia como habia venido.

Quise volver á subir por el mismo camino que habia seguido al bajar, pero era imposible; me ví obligado á seguir las murallas en una longitud de quinientos pasos próximamente y á entrar por la abertura que ha conservado el nombre de Puerta Dorada, y que está situada entre el templo de Hércules y el de Júpiter Olímpico. Como la noche avanzaba, dejé la visita de aquellas dos maravillas para el dia siguiente; á la mitad del camino del templo de la Concordia encontré á Jadin que habia liado el ato y que iba delante de mí. Nos metimos en una calle de la ciudad antigua, toda llena de tumbas á uno y otro lado y nos encaminamos hácia Girgenti, de que estábamos separados como media legua.

Con el cambio de la luz, la ciudad habia cambiado de aspecto; el sol próximo á hundirse en el horizonte, se ocultaba detrás de Girgenti, que, sentada en lo alto de su roca, se destacaba vigorosamente bajo un cielo de fuego, semejante á una de esas ciudades babilónicas con que sueña Martin. A la izquierda, estaba el mar de Africa tranquilo, azulado, inmenso; detrás de nosotros los templos de Juno Lucina y de la Concordia; en fin, bajo nuestros piés y conservando las huellas de los carros, la via antigua, la misma que habia sido pisada hace dos mil años, por aquel pueblo que habia desaparecido y á lo largo de cuyas tumbas íbamos.

A medida que nos aproximábamos á la ciudad, se borraba la grandiosidad y Girgenti reaparecia á nuestra vista, tal como es realmente, es decir, un confuso monton de

casas sucias y mal construidas. Sin embargo, á trescientos pasos de la puerta, nos aguardaba otra ilusion. Jóvenes del pueblo iban á sacar agua de una fuente y llevaban sobre sus cabezas esos lindos cántaros de una forma prolongada, como se encuentra en los diseños de Herculano y en las excavaciones de Pompeya; eran, como he dicho, hijas del pueblo, cubiertas de harapos, pero aquellos harapos estaban arreglados de una manera sencilla y grande, la actitud en que sostenian el ánfora era altiva, en fin, tal como estaban, medio desnudas, no por coquetería sino por miseria, todavía eran las hijas de la Grecia degeneradas, bastardeadas sin duda, pero en las que sin embargo era fácil encontrar todavía algun rasgo del tipo materno. Dos de ellas, á invitacion nuestra transmitida por Ciotta se pararon por complacer á Jadin, el cual hizo dos bocetos que se creerian copias de pinturas antiguas.

Encontramos en la posada un moderno Gellias, que habiendo sabido nuestra llegada nos aguardaba para ofrecernos hospitalidad, era el arquitecto de la ciudad, Mr. Politi, hombre sumamente amable que ha consagrado su vida entera al estudio de las antigüedades en medio de las cuales vive. Por mas deseo que tuviésemos de aprovechar su oferta la rehusamos por no causar demasiada pena á nuestro huésped, que visiblemente habia hecho grandes gastos por causa de nuestra recepcion; pero declaramos á Mr. Politi que para todo lo demás reclamábamos su ofrecimiento.

Mr. Politi nos contestó poniéndose enteramente á nuestra disposicion. Nos aprovechamos de él en el ins-

tante mismo, preguntándole noticias sobre el modo como deberíamos ir á Palermo.

Habia dos medios de llegar á aquel fin : el primero era el de las costas con nuestro Speronare ; el segundo era cortar diagonalmente la Sicilia de Girgenti á Palermo. El primero necesitaba quince ó diez y ocho dias de navegacion ; el segundo tres dias solamente de cabalgata. Además, nos hacia ver el interior de la Sicilia en toda su soledad y desnudez ; no habia, pues, que dudar, como economía de tiempo y ganancia en cuanto á lo pintoresco. Escogimos el segundo. Un solo inconveniente llevaba consigo. El camino nos aseguró Mr. Politi que estaba infestado de ladrones, y quince dias antes un inglés habia sido asesinado entre Fontana-Fredda y Castro-Nuovo. Nos miramos Jadin y yo y nos pusimos á reir.

Desde que estábamos en Italia habíamos oido sin cesar hablar de bandidos, sin haber visto jamás ni la sombra de uno solo. Al principio, lo confieso, aquellas terribles relaciones de viajeros saqueados, puestos á rescate, asesinados, que nos habian hecho los conductores de carruaje para no caminar de noche, ó los dueños de posada para obligarnos á tomar una escolta por la que se les hacia una gracia, habia producido en nosotros alguna sensacion. Por tanto las primeras veces nos habíamos detenido prudentemente donde nos encontrábamos ; luego ya partimos otras, pero con algun temor ; en fin, viendo que siempre se hablaba de un peligro que no se realizaba nunca, habíamos concluido por reirnos y viajar á todas horas, sin tomar otra precaucion que

no abandonar jamás nuestras armas. Mas tarde en Nápoles se nos habia ofrecido positivamente que no dejaríamos la Sicilia sin encontrar lo que habíamos buscado inútilmente en otras partes, y desde que estábamos en Sicilia, lo mismo que en Nápoles, lo mismo que en Roma é idéntico que en Florencia, no habíamos encontrado todavía otros verdaderos salteadores de caminos que los posaderos. Es verdad que lo hacian á conciencia.

El temor de Mr. Politi nos pareció, pues, un poco exagerado, y le dijimos que siendo un atractivo mas lo que nos presentaba como un obstáculo, escogíamos definitivamente la marcha por tierra. Como esta respuesta necesitaba una explicacion para no parecer una especie de baladronada, le dijimos lo que hasta entonces nos habia sucedido, la fortuna que habíamos tenido de ño ser víctimas de algun mal encuentro, y el deseo que tendríamos, aunque no fuera mas que por dar á nuestro viaje el encanto de la emocion, de hacer conocimiento con algun bandido.

— ¡Pardiez ! nos dijo Mr. Politi, ¿no es mas que eso ? Puedo satisfaceros.

— ¿De verdad ?

— Sí, solo que es un ladron retirado, un bandido arrepentido, como suele decirse. Es arriero en Palermo y acaba de conducir aqui á dos ingleses. Si quereis alquilarle, tiene dos buenas mulas de retorno, y con él tendreis al menos la ventaja, si encontrais bandidos, de poder entrar en tratos. En su cualidad de antiguo cofrade, esos caballeros le conceden ventajas que á nadie concederian.

— ¿Y ese buen hombre está en Girgenti? exclamé yo.

— Esta mañana todavía estaba aquí, y á menos que no haya partido desde entonces, lo que dudo, podemos enviarle á buscar.

— Al instante mismo; os lo suplico.

Mr. Politi llamó al mozo y le dijo fuese á buscar de su parte á Giacomo Salvadore y le condujese al instante mismo. Diez minutos despues volvió el mozo seguido del individuo que se buscaba.

Era un hombre de cuarenta á cuarenta y cinco años, que bajo su traje de aldeano siciliano, habia conservado cierto aire militar. Tenia en la cabeza un gorro de lana gris, ribeteado de rojo, de forma frigia; en cuanto á lo demás de su atavio, se componia de un saco de veludillo azul, por el cual salian las mangas de la camisa de tela gruesa, cuyos puños estaban ribeteados de rojo como el gorro, de un cinturon de lana que le ceñia el talle, de un calzon corto de veludillo parecido al del saco; en fin, tenia por calzado una especie de botas vueltas, y abiertas por un lado. El todo se destacaba bajo una capa de color rojizo ribeteada de verde, que colocada sobre un hombro solamente, colgaba por detrás y le daba un aspecto algo pintoresco.

Mr. Politi nos habia suplicado no hiciésemos ninguna alusion á la primera profesion del signor Salvadore, y que nos contentásemos pura y simplemente en aquella primera entrevista de acordar el precio y quedar conformes. Le prometimos mantenernos en los límites de la mas estricta conveniencia.

Como lo habia pensado Mr. Politi, el mozo de mulas,

viendo desembarcar aquella mañana á dos extranjeros, se habia dicho que no perderia su tiempo esperando. Es verdad que alguna vez, segun él mismo confesó, se habia engañado con un cálculo semejante, y se habia encontrado con almas timoratas que habian preferido para atravesar tres dias un desierto, otra compañía que la de un ex-ladron; pero tambien en otras circunstancias, como por ejemplo, en las que nosotros nos encontrábamos, se habia indemnizado de su disgusto. En suma, estaba casi seguro de su negocio cuando los viajeros eran ingleses ó franceses; habia de todo si el viajero era aleman; pero si el viajero era italiano, no se tomaba la pena ni aun de presentarse y hacer sus ofrecimientos: sabia de antemano que se le rechazaba.

La discusion no fué larga. De antemano Salvadore, orgulloso como un rey, tenia costumbre de imponer las condiciones y no de recibirlas. Como estas condiciones se limitaban á dos duros por las mulas y otros dos para el arriero, el total, y comprendida la mula que llevaba el equipaje, ocho duros, las condiciones nos parecieron tan razonables, que ajustamos inmediatamente mulas y conductor para de allí á dos dias por la mañana, mediante cuyo acuerdo, Salvadore nos dió dos duros de señal.

Es tambien una cosa notable que en toda Italia son los *vetturini* quienes dan señal á los viajeros y no estos los que dan señal á los *vetturini*.

Mr. Piloti preguntó entonces á Salvadore si creia que pudiésemos correr algun peligro en el camino. Salvadore respondió que en cuanto al peligro no le habia y

podía responder de ello. Solo en un sitio acaso, es decir, á legua y media ó dos leguas de Castro-Nuevo tendríamos que entablar alguna negociacion con una compañía que habia elegido su domicilio en las cercanías; pero en todo caso, Salvadore respondia que el derecho de pasaje que se nos exigiera, suponiendo que se nos exigiese, no pasaria de diez ó doce duros. Como se ve, era una miseria que no valia la pena de que se ocupase uno de ella.

Arreglado este punto, Menamos un vaso de vino, que presentamos á Salvadore y brindamos á nuestro feliz viaje.

Todo estaba arreglado, y no faltaba mas que avisar al capitán Arena de la resolucion que habíamos tomado, á fin de que diese la vuelta á Sicilia con su buque y fuese á reunírse nos en Palermo. En consecuencia me buscaron un mandadero, que mediante medio duro, se encargó de llevar una esquéla mia al puerto. Contenia la invitacion á nuestro bravo patron de venir á hablar-nos á la mañana siguiente antes de las nueve, y le designaba algunos objetos de primera necesidad que debian constituir nuestro equipaje de viajeros, con lo que aguardaríamos pasablemente en Palermo el resto de nuestro equipaje.

Con esto Mr. Politi, viendo que parecíamos deseosos de estar en nuestro cuarto, se despidió de nosotros, ofreciéndose á ser en persona nuestro cicerone para el dia siguiente, suplicándonos previniésemos á nuestro huésped que comeríamos con él.

EL CORONEL SANTA-CROCE.

Gracias á la discrecion de Mr. Politi, que nos habia permitido recoger nos temprano, estábamos al dia siguiente de pié y prontos á seguirle cuando fué á buscarnos á las seis. El calor despedido por las rocas peladas sobre las que marchábamos, habia sido tan sofocante la vispera, que habiamos resuelto alejarnos de allí en lo posible, yendo por la campiña desde por la mañana.

Salimos por la misma puerta que la vispera, acompañados de Mr. Politi y seguidos de nuestro amigo Ciotta, del que habiamos intentado desembarazarnos, pero que, semejante al jardinero del *Matrimonio de Figaro*, no habia sido tan tonto que se desprendiese de tan buenos amos. Esperando que nos diese pruebas de su erudicion, nos daba entretanto señales de su buena voluntad, llevando el parasol, el taburete y la caja de colores de Jadin.

La primera huella de antigüedades que encontramos fué los sepuleros, excavados en la roca misma, como habia ya encontrado otros semejantes en Arles y en la